

La filosofía como arte en John Dewey

Leopoldo Rueda

(CIeFi-IdIHCS-FaHCE-UNLP-CONICET)

1. Introducción

A nosotrxs, filósofxs contemporáneos, un título como el de “La filosofía como arte” no nos suena tan extraño. En efecto, hemos sido formados ya en un paradigma de investigación netamente interdisciplinario y estamos acostumbradxs a los cruces e interrelaciones.

Por otra parte, filosofía y arte han compartido a lo largo de su historia una suerte de crisis de paradigma *a la* Kuhn, donde los límites disciplinares nunca han sido del todo claros, donde no hubo acuerdos acerca de la metodología que debe dirigir la investigación y donde ni siquiera hubo acuerdos acerca de cuáles son los genuinos problemas o cuáles son los más acuciantes. Lo cierto es que, hacia uno y otro lado, en los últimos años ambas disciplinas se han acercado.

Solo por poner dos ejemplos recordemos que Deleuze y Guattari nos propusieron una idea de la filosofía como creación de conceptos, es decir, una filosofía que, lejos de descubrir la estructura última de lo real, se vincula a esta mediante la potencia creadora de la imaginación. Una filosofía que se vuelve arte. Por su parte, abonando al discurso de la caída de los metarrelatos, Arthur Danto sostiene que, a partir de la obra de Andy Warhol, y sobre todo a partir de las cajas de *BrilloBox*, el arte ha entrado en su *posthistoria* en tanto puede producir objetos indiscernibles de otros objetos banales: la diferencia radica entonces, no en las características sensibles, sino en el significado *intelectual*. Pero si identificación de algo como arte no depende ya de cualidades estéticas sensibles particulares se debe realizar un giro “desde la experiencia sensible hacia el pensamiento. Esto significa, en resumen, que debe realizarse un giro hacia la filosofía” (Danto 1999: 35).

No obstante, en las primeras décadas del siglo XX esta aproximación no era tan evidente. Mucho menos para un filósofo como Dewey, cuya obra en general se concentra más en los temas de epistemología, pedagogía y política. Por ello, en este trabajo proponemos rastrear algunos elementos que, a nuestro entender, relacionan la concepción deweyana del arte con su concepción filosófica general. Intentaremos mostrar que Dewey encuentra en el arte y en la experiencia estética el modelo de la tarea filosófica, o más modestamente, una posible orientación.

2. La reconstrucción del arte: el arte como indagación de la experiencia y como nuevas experiencia

Claro, para poder realizar esta aproximación Dewey se ve en la necesidad de iniciar una reconstrucción tanto de la filosofía como del arte y la estrategia deweyana en ambos casos parte de una nueva concepción de la experiencia.

El primer puntapié en la dirección que queremos mostrar lo ofrece el mismo Dewey cuando, en *El arte como experiencia* (1934 [2008]), sostiene que el test de cualquier filosofía se encuentra en su tratamiento de la dimensión estética, algo que presumiblemente se aplique a su propia pensamiento.

En este libro Dewey defiende una idea de arte que caracterizada en primer lugar como una acción con propósitos que, en el marco de una experiencia, apunta a la transformación de algo dado con el objetivo de ensanchar y profundizar la propia experiencia. Recordemos que para Dewey, la experiencia -siempre que esta sea llevada a buen término-, implica un crecimiento, es decir, un mejor ajuste de la criatura con su ambiente.

Así, el arte aparece prefigurado en cada proceso de la vida, cada vez que se transforma algo en virtud de una necesidad orgánica. Justamente, la existencia de las artes, en el sentido de bellas artes, es para Dewey la prueba de que el hombre usa los materiales y las energías de la naturaleza con el propósito de ensanchar su propia vida, y lo hace de acuerdo a su organismo. Dewey defiende la idea de que en las obras de arte pueden hallarse significados, los cuales están conectados con la materia de nuestras experiencias cotidianas pero que han sido transformados e incorporados en los objetos. Una obra de arte dice algo a los que gozan de ella sobre la naturaleza de su propia experiencia en el mundo: presenta el mundo en una nueva experiencia, ahondando sus significados y sus matices.

Ahora bien, nuestro autor es consciente de que la conexión del arte con los procesos vitales puede sonar como una degradación de los más altos valores espirituales de los que supuestamente se encarga. Para justificar su postura, nuestro autor recurre a los ejemplos de Keats y de Shakespeare para mostrar que en ellos puede encontrarse una práctica artística ligada a la búsqueda de bienes para la humanidad aún a sabiendas de los males que la aquejan. Se trata de una búsqueda que entiende que el mundo es incierto y que todo lo que podemos hacer es tratar de transformarlo. Es por ello que Dewey los llama “filósofos”.

“No hay sino dos filosofías: una de ellas acepta la vida y la experiencia en toda su incertidumbre, misterio, duda, conocimiento a medias, y revierte esa

experienci sobre sí misma para ahondar e intensificar sus propias cualidades, las transforma en imaginación y en arte. Esta es la filosofía de Shakespeare y Keats” (40)

De este modo, el arte en el sentido de las bellas artes, tiene la función de clarificar y concentrar los significados contenidos en forma débil y dispersa en la materia de otras experiencias. Precisamente por ello es que el arte nos libera de la concepción de que los objetos tienen valores fijos e inalterables. Es mediante el arte que las cualidades intrínsecas de las cosas resaltan con sorprendente vigor y frescura porque las asociaciones convencionales han sido desplazadas (2008: 108).

Desde el campo literario, algo en esta dirección ya había defendido Marcel Proust, para quien en el arte cada estilo es una visión particular del mundo. Este tiene un efecto formativo sobre la sensibilidad. Proust decía que solo después de ver los cuadros de Renoir hemos podido ver mujeres Renoir por la calle. Nosotros podríamos agregar que solo después de leer el episodio de la magdalena hemos comprendido la potencia de la memoria involuntaria y hemos así avanzado en una comprensión más profunda de nosotrxs mismxs.

Esta es, también para Dewey la función de la filosofía.

3. La reconstrucción de la filosofía: la filosofía como indagación de la experiencia y como crítica de los prejuicios

En *Experiencia y naturaleza* (1925) Dewey realiza una profunda crítica al modo en que las filosofía clásica y moderna elaboraban sus conceptos fundamentales y propone para la filosofía un nuevo método al que denomina “naturalismo empírico”, es decir, un control de los argumentos filosóficos por parte de la experiencia. Siguiendo a Dewey, un método tal puede dar lugar a la filosofía como una indagación inteligente de las condiciones, relaciones y consecuencias de los objetos tomados como bienes y valores y también del lugar que estos ocupan en la organización de nuestra experiencia. Y de este modo, las conclusiones de la filosofía deben poder dar cuenta de nuestras experiencias, y no solo esto, sino también volverlas más significativas, iluminarlas (Dewey 1925: 11).

No obstante, para Dewey hace falta concebir la experiencia no ya como algo privado, atómico y esporádico que solo importa a aquel que la tiene sino que debemos entenderla de modo mucho más integral. Retomando a James, Dewey sostiene que la experiencia es una palabra de dos filos, que abarca tanto lo que hacen los hombres y lo que padecen, lo que pugnan por conseguir, lo que aman y gozan. Es decir, la experiencia abarca tanto aquello que

afecta a los hombres y también el modo en que los hombres afectan a las cosas y al mundo que los rodea.

Así, la experiencia es en primer lugar una integridad entre los actos y las materias, en lo objetivo y lo subjetivo, una totalidad no analizada. La experiencia en su integralidad debe ser entonces el punto de partida y de llegada de cualquier investigación, incluyendo por supuesto la investigación filosófica.

El hecho de no haber atendido a la dimensión integral de la experiencia ha llevado a la filosofía a generar una serie artificial de categorías dicotómicas, y a dedicar esfuerzos titánicos para resolver esos mismos dualismos. La filosofía de la experiencia de Dewey, con el método empírico como conductor, puede ser vista como un intento de disolverlos en una perspectiva que logre integrarlos.

En palabras del propio Dewey, el yerro de la filosofía

“ha sido el dejar de registrar las necesidades empíricas generadoras de sus problemas y el dejar de retrotraer los productos refinados al contexto de la experiencia real, para recibir de él su comprobación, adquirir la plenitud de su significación y servir de luz guía en las perplejidades inmediatas que ocasionaron originalmente la reflexión (1925 [1943]: 32-33).

De esta manera, nuestro autor propone una filosofía que sea un estudio de la experiencia de la vida, donde los productos de las actividades humanas adquieren su completa significación cuando se atiende a las necesidades empíricas en los cuales se originaron. Llegado a este punto, Dewey advierte que nuestra experiencia ordinaria ya está sobrecargada de la reflexión de las generaciones pasadas y en este sentido, nuestro propio pensamiento se encuentra lleno de interpretaciones y clasificaciones que han tratado a los objetos de la actividad humana como si estuviesen separados de las acciones vitales en los cuales ellos son originados. Si a esto se le pueden llamar prejuicios, continua Dewey, entonces la filosofía es una *crítica de los prejuicios*, cuyo propósito es clarificar la experiencia pero con el objetivo de volver la acción más inteligente, más acertada a sus propósitos.¹

¹ “La filosofía no puede resolver problemas serios, salvo aquellos que surgen de diferentes hábitos lingüísticos y que pueden ser debidamente planteados mediante el análisis. Si los problemas básicos sólo pueden resolverse allí donde surgen, a saber, en las condiciones culturales de nuestra vida en asociación, y si la filosofía es fundamentalmente una crítica que saca a la luz esos problemas y les da la claridad propia de una formulación precisa; y si, tras la formulación, la filosofía no puede hacer más que señalar el rumbo que la acción inteligente ha de tomar, entonces el mejor servicio que cualquier teoría filosófica puede prestar es precisar y explicitar el sentido de esos problemas. La crítica mediante el toma-y-daca de la discusión es un agente indispensable para efectuar esa clarificación. La discusión es comunicación y es sólo gracias a la comunicación que las ideas se comparten y se convierten en un haber común.” (LW.14:89)

Como sostiene Di Gregori (2016)

“La filosofía puede sin duda ser descripta como una forma de crítica, pero una que tendrá como objetivo liberar a la experiencia humana de aceptaciones mecánicas, rutinarias o caprichosas porque solo así los procesos activos de cualquier actividad pueden genuinamente liberarse, generar respuestas creativas y ensanchar el campo de la experiencia y la vida misma.”

Por su parte en *La reconstrucción de la filosofía* (1920[2000]) Dewey comienza sosteniendo que el primer elemento de la constitución de un sistema filosófico son los recuerdos de experiencias vividas pero organizados según un relato informado por la imaginación. Así lo vivido no es relatado tal cual, sino que adquiere un carácter especialmente dramático. Estos relatos tiene la función de ocupar de forma significativa un tiempo de ocio. “El material de que brota finalmente la filosofía, nada tiene que ver con la ciencia o la explicación. Está hecho de representaciones, de símbolos, de temores y esperanzas, de fantasías y de sugerencias” (2000: 46).

Así, se va conformando un armazón imaginativo duradero que llega a integrarse como tradición social y finalmente a funcionar como normas de conducta.

Si bien estos productos de la imaginación se erigen como normas de conductas, algunos de ellos no se ajustan a las mínimas condiciones que impone el medio para la supervivencia. En el trato experimental con el ambiente el hombre descubre ciertas reglas indispensables para asegurar la supervivencia. La filosofía griega de Platón y Aristóteles surge, según Dewey, de un intento de reconciliar estos dos productos de la mente: las creencias emotivas y las creencias acumuladas a partir de un saber positivo sobre los hechos. Para ello, tenían que extraer el núcleo esencial de la moral de entre las creencias tradicionales del pasado y justificarlas racionalmente. Pero, al tener que justificar cosas que se aceptaban simplemente por simpatías emotivas, tuvo que desarrollar sofisticados sistemas de demostración.

Más aún, como el grupo de creencias imaginativas tenía una pretensión de totalidad, lo saturaba todo, sostiene Dewey, no es extraño que en un principio la nueva filosofía apelara a ese tipo de universalidad, es decir, la apelación a un tipo de verdad última, pero que en definitiva no hacía más que legitimar ciertas actitudes y costumbres ya aceptadas.

De este modo, el primer paso en la reconstrucción de la filosofía es aceptar que esta surge como producto de una materia emotiva y social y entender la filosofía *a la James*, quien se arriesgó, en palabras de Dewey, a sostener que la filosofía era “visión” y que su tarea principal consistía en libertar a los hombres de los prejuicios y parcialidades, ensanchando

sus percepciones del mundo que los rodea. Así entendida, la filosofía comparte esta característica con el arte

De esta idea resulta interesante rescatar que la filosofía tiene como tarea un trabajo sobre la sensibilidad, sobre el modo de percibir el mundo, y que por lo tanto tiene un impacto sobre las creencias que nos formamos de él.

4. Conclusiones: con y contra Platón

En este sentido, lo que Dewey adjudica como tarea a la filosofía era lo que en *República* Platón advertía como peligroso del arte. Platón ligaba de manera indisociable el establecimiento de una buena república a un control de la educación de sus ciudadanos (una buena pedagogía) y al conocimiento del Bien, entendido este como el ejercicio de la función propia (una buena epistemología). Ahora bien, el arte según Platón no era más que la mimesis de una apariencia, pura mentira, pero que afectaba a la parte concupiscible del alma. “todo arte de imitación realiza su obra muy lejos de la verdad y que asimismo *tiene comercio y amistad con aquella parte más alejada de la razón y que no se propone nada sano y verdadero*” (603b).

De esta manera, si bien Platón condena a los poetas (y con ello al arte) al ostracismo, les reconoce, al mismo tiempo, su impacto en la moralidad de las personas. “No pueden alterarse las normas de la música sin que ocurra lo mismo con las leyes de la ciudad” (424c)”. Comentando este mismo pasaje, Dewey sostiene que “[el arte] reflejaba las emociones e ideas asociadas con las principales instituciones de la vida social” (Dewey, 2008: 8). Platón sintió tan fuerte esta conexión que quizás exageró cuando sostuvo que el cambio del modo dórico al modo lidio de música era el precursor de toda degeneración cívica, pero lo cierto es que nadie hubiera dudado en su contexto que el arte era parte integrante del *ethos* y las instituciones de la comunidad.

La condena de Platón no se reduce meramente a las *technai mimetikai*, sino a todo arte, a toda *techné*, en tanto basadas en la experiencia, se limitaba a seguir reglas, y no podían elevarse por encima del plano de lo particular, lo contingente y lo probable. El zapatero bien puede hacer zapatos, pero no puede determinar qué zapatos son buenos llevar y cuándo hay que llevarlos. La determinación de cualquier finalidad corresponde, para Platón, al filósofo y su conocimiento sobre las verdaderas cosas. Al reconocer este carácter del arte, la estrategia de Dewey no es expulsar a los artistas de la *polis*, sino integrarlo a la filosofía. El arte, en su carácter transformador de los materiales del mundo, de nuestra sensibilidad y de nuestra

experiencia, puede colaborar y orientar la tarea de la filosofía en la crítica de los prejuicios y en la transformación inteligente de la vida humana.

Según Dewey, las ideas que cada época tiene de la filosofía se relacionan con su contexto histórico y particular. Pero el problema es que la filosofía tal como se practica se ha atado a los viejos problemas y sus formulaciones. La filosofía necesita entonces de un cambio en la dirección de ayudar a los hombres, que parta de los problemas que se generan en la experiencia, y que vuelva a ella para ensancharla y potenciarla.

Se trata de una filosofía que, haciéndose cargo de la impronta darwiniana, abandone la idea de descubrir la estructura de lo real que supuestamente subyace a los cambios, y se ocupe de explorar de forma inteligente qué bienes y valores queremos alcanzar y de qué forma van a ser estos incorporados a la experiencia humana. Justamente, Para Dewey, la influencia darwiniana en la filosofía ha sido que esta deje de buscar especies y formas fijas en el mundo. Es decir que, como el arte, nos ha liberado de la idea de que los objetos tienen formas y valores fijos. Esta es la filosofía de Keats y de Shakespeare. Y también, la de Dewey.

5. Bibliografía

- Dewey, J. (1948). *Experiencia y naturaleza* (Primera edición: 1925. Segunda edición corregida: 1929). Prólogo y traducción de José Gaos. México: FCE.
- Dewey, J. (1993). *La reconstrucción de la filosofía* (Primera edición: 1920). Traducción de Amando Lázaro Ros. Barcelona: Editorial Planeta-De Agostini.
- Dewey, J. (2000). *La miseria de la epistemología. Ensayos de pragmatismo*. Edición y traducción de Ángel Faerna. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Dewey, J. (2008). *El arte como experiencia* (Primera edición: 1934). Prólogo y traducción de Jordi Claramonte. Barcelona: Paidós.
- Di Gregori, Ma. C. (2016). “La filosofía como arte. La preocupación por la vida” (inédito). Conferencia pronunciada en el V Coloquio Internacional de Filosofía del Conocimiento. IdiHCS-FAHCE-UNLP. La Plata.
- Morpurgo-Tagliabue, G. ([1960] 1971). *La estética contemporánea. Una investigación*. Buenos Aires: Losada
- Platón (2011). *República*. Trad: Antonio Camarero. Estudio preliminar: Luis Farré. 24ª edición, 7ª reimpresión. Eudeba: Buenos Aires.